

Desatar la conciencia gay

James Alison

Me gustaría comenzar contándoles algo de la historia de mi amigo Benjamín O'Sullivan. Benjamín fue monje benedictino de la abadía de Ampleforth en Yorkshire y se mató a comienzos de 1996. Por lo que llegó a mis oídos, cayó en el lazo que le fue tendido por una periodista de uno de nuestros periódicos tabloides de triste fama. La única cosa que impidió que su muerte fuese un homicidio fue que el propio Benjamín consintiese a la voz de la turba linchadora y se transformó en la mano que le dio la muerte. Siento que su muerte se haya producido porque este joven varón, bastante atractivo y efervescente, y, de juzgarse por las apariencias, dotado de una buena confianza en sí mismo, no había tenido la capacidad de pararse como hombre gay común frente a la voz de la turba linchadora. Y la razón de su incapacidad fue que tenía la conciencia atada. Poco después de su ordenación sacerdotal me había expresado el temor de que no era, de veras un sacerdote, puesto que “si ellos hubiesen sabido”, seguramente no le habrían ordenado. De nada importaba el que no hubiese casi nadie que conociera a Benjamín más o menos bien que no supiera que era gay. La persona que vive en la trampa mira al mundo a través de lentes teñidas de miedo, y el miedo oscurece más bien que ilumina lo que proyecta. Pero esto da una idea de lo que quiero decir con mi frase “una conciencia atada”. El tipo de persona que no puede ponerse de pie y ser lo que es, que no puede confiarse en la bondad de lo que está por hacerse de él mismo, sin importar lo que le arroje la turba linchadora, el tipo de persona que en vez de esto vive afanándose en un mundo de medias verdades. Cualquier sentido de pertenecer que tenga es un pertenecer apenas a medias, porque siempre teme que “si ellos supiesen” entonces “no se me permitiría estar aquí”. Lo que se traduce en una sensación permanente y profunda de que “no se me permite estar aquí”.

Como le comenté al Cardenal Hume, el entonces arzobispo de Londres y antiguo abad del monasterio de Benjamín, cuando fui a charlar con él al respecto algunos meses después, me pareció, y me parece que el hecho que la Iglesia ya no puede decir fácilmente, como lo hizo Pedro al hombre cojo de nacimiento en la Puerta del Templo llamada “Hermosa” en Hechos 3 “En el nombre de Jesús de Nazaret ¡anda!” mientras no deja de ser triste, es algo con lo que puedo convivir. Pero si la Iglesia, y por ella, quiero decir si *nosotros* no podemos siquiera desatar una conciencia como la de Benjamín, entonces no servimos sino para que se nos eche fuera y nos pisoteen como el sal sin sabor que hemos llegado a ser.

Me di cuenta, después de esto que, tomando por sentado que nuestros jerarcas nada van a hacer, y de hecho, seguramente nada pueden hacer, pues habitualmente están paralizados por la misma conciencia atada que afligía a Benjamín, algo tenía que hacer yo que para contribuir a desatar la conciencia gay. O sea, intentar descubrir la autoridad, que siempre proviene de otro, para poder decir “En el nombre de Jesús de Nazaret, ponte de pie y sé”. El resultado de mi incapacidad para hacer esto de manera sistemática se encuentra en un libro mío que se llama *Una fe más allá del resentimiento: fragmentos católicos en clave gay* (Barcelona: Herder, 2003).

Lo único que podía hacer en aquel libro era buscar algunas señales que coincidían con mi sentido de que, si el Jesús de los evangelios de veras vive en nuestro medio, y si de veras es la forma que tiene entre nosotros la auto-manifestación de Dios, entonces el desatar la conciencia gay es muy exactamente una parte del tipo de cosa que él se encuentra haciendo aquí y ahora. El es el apacentar realizado por el propio Dios de las ovejas abandonadas por los pastores, y tiene sentido preguntarse por la forma que esto reviste en nuestro medio.

Si la pregunta no es, entonces, “¿qué es lo que haría Jesús?, sino ¿qué es lo que está haciendo Jesús? (y doy por sentado que es ésta la pregunta auténticamente católica, pues presupone la presencia real de Jesús en un proyecto continuado, más bien que una presencia textual en un pasado que se aleja), entonces tiene sentido pasar un poco de tiempo haciendo una reflexión sobre el poder de Aquel que desata nuestra conciencia.

Permítaseme decir primero que en un mundo ideal, a Pedro se le ocurriría que le fue dado el poder de atar y desatar específicamente para poder abrir el cielo a los gentiles. Pronunciaría aquellas palabras: “Dios me ha mostrado que a ningún hombre debo llamar impuro o inmundo¹” y la gente gay se descubriría con la conciencia desatada como hermanos y hermanas en la Iglesia en el mismo nivel con todos los demás, quiere decir, como hijos e hijas, herederos y herederas.

Pero de hecho me parece que nos encontramos en un extraño momento de aquella narración del libro de los Hechos de los Apóstoles. Nos encontramos en el pequeño espacio después de que Pedro nos ha predicado acerca de Jesús, ungido por Dios con el Espíritu Santo y poder², después que hemos creído aquel mensaje, y nos hemos enterado de que Jesús es Buena Nueva para nosotros, y después que el Espíritu Santo ha descendido sobre nosotros, de forma que ya comenzamos a vivir la vida de hijos amados y de poder hablar bien de Dios³. Pero nos encontramos en el pequeño espacio justo antes de que Pedro encuentre la lucidez para declarar: “¿Puede acaso alguien negar el agua para que sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?” Y mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo⁴.

Si queréis comprobar lo que estoy diciendo, considerad la enseñanza actual de las congregaciones del Vaticano: “La inclinación homosexual, aunque no sea un pecado en sí misma, constituye una tendencia hacia un comportamiento que es intrínsecamente perverso, y debe considerarse entonces objetivamente desordenada.” Si leéis esta frase a la luz del pasaje de Hechos que acabo de citar, veréis con perfecta claridad que es un paso hacia atrás, una reincidencia en algo ya ultrapasado. Donde Pedro dijo “Dios me ha mostrado que a ningún hombre debo llamar impuro o inmundo”, sus representantes en la actualidad dicen “Aunque es verdad que la gente gay no es impura o inmunda, deben considerarse como tales.”

De modo que nos encontramos en una época de un distanciamiento Petriño respecto al Evangelio, una reincidencia en actitudes anteriores al mismo. Sin embargo

¹ Hechos 10,28

² Hechos 10, 34-43

³ Hechos 10, 44-46

⁴ Hechos 10, 47-48

comenzamos a darnos cuenta de que la recepción de la Buena Nueva, y nuestro propiodesatar no proviene de Pedro sino de Dios. Y que más tarde Pedro llega a entender y a confirmar esto. O sea, es un marco bíblico perfectamente comprensible en el cual nos podemos insertar mientras aguardamos a Pedro.

Ahora bien, lo que me gustaría considerar con vosotros hoy es el atar y el desatar. ¿Qué forma toma? Supongo que el primer paso es considerar cual es el significado de “vivir atado”. Una conciencia atada es aquella que no puede proseguir ni por aquí ni por allá, ni hacia delante ni hacia atrás, está paralizada, escandalizada. En este sentido, es una especie de muerte en vida, y los que están afligidos por ella son muertos vivos, y muchos de nosotros o bien somos, o hemos sido, tales personas. Permitidme dar algunos ejemplos de lo que quiero decir. Es conocida en psicología la noción de la “doble atadura”, aquella situación donde se te dice simultáneamente “vete por allí” y “está prohibido irte por allí”. La conciencia atada es donde uno se siente formado por una doble atadura, o una serie de dobles ataduras. Por ejemplo: “Mi mandamiento es que ames, pero tu amor es enfermizo”; o bien, “no tienes remedio sino pegarte un tiro, pero está prohibido matarte”; o bien “la única manera aceptable para que yo pueda vivir es ser célibe, pero si supieran como soy de verdad, no me permitirían ingresar”; o bien “está prohibido ser gay, pero es obligatorio ser honesto”. A muchos de nosotros se nos ha inducido a que vivamos tales formas de deseo a lo largo de mucho tiempo. Típicamente siguen la forma “imítame – no me imites”. Si te encuentras llevado a la imitación de alguien y sin embargo el mensaje que recibes es “sé como yo - no seas como yo”, quedarás escandalizado, y tarde o temprano quedarás paralizado, incapaz sea de avanzar sea de retroceder.

Lo que me gustaría sugerir es que en todos estos casos estamos frente a un “yo” al que se le ha formado dándole deseos contradictorios sin que se le dé ninguna capacidad para discernir donde podrían ponerse en acción de manera apropiada. Dicho de otra forma, se reciben dos instrucciones situadas en el mismo nivel, pero cada una apunta en dirección diferente, y el resultado es la parálisis. A esto se refiere el término *σκανδαλον* – skandalon – en el Nuevo Testamento: escándalo o piedra de tropiezo. Una persona escandalizada es una persona paralizada e incapaz de movimiento. Y el deshacer los *σκανδαλα* – skandala – lo cual implica el desatar las dobles ataduras que no permiten que las personas sean, es, en gran parte, el propósito del Evangelio.

Que quede claro que aquí estamos tratando con algo muy básico y central para el Evangelio. Es perfectamente posible presentar el Evangelio de tal forma que llegue a ser, él mismo, una forma de doble atadura. Cualquier presentación de la fe cristiana que dice “te amo pero no te amo” o bien “No te amo como eres, pero si te haces algo diferente entonces te amaré” de hecho está predicando una doble atadura, echando una piedra de tropiezo en el camino, tendiendo un sendero hacia la parálisis. Imaginemos una conversación entre un dios falso y el “yo”:

dios falso: Quiero amarte, pero no te puedo amar tal y como eres, porque eres pecaminoso y objetivamente desordenado.

Yo: entonces ¿Qué tengo que hacer para que me ames?

dios falso: tienes que hacerte alguien diferente.

Yo: ándele, pues muéstrame como.

dios falso: el amor no es algo que se puede merecer, sencillamente es.

Yo: pues bien, ¿cómo consigo hacerme el tipo de persona al cual puedes amar?

dios falso: si fuera tú, comenzaría desde otro lugar

Yo: ¡pues gracias por la ayuda! ¿Cómo comienzo desde otro lugar?

dios falso: no puedes. Pues hasta el hecho de partir hacia el otro lugar para de allí comenzar, comienza desde ti, y a ti no se te puede amar.

Yo: pues bien, si no puedo comenzar desde otro lugar, y no puedo comenzar desde donde estoy ¿qué rayos hago?

dios falso: desiste de todo esto del amor, nada más obedece y parálizate.

Así de poderoso es el recibir nuestro sentido del “yo”, nuestra identidad, nuestro deseo, a imitación de, por la mirada de, ojos que nos dan un mensaje contradictorio, una doble atadura.

Ahora bien, si hay un sentido en el Evangelio es el de que la Buena Nueva acerca de Dios es absolutamente sin ambivalencias, que no hay “si...entonces...” o “pero...” en Dios. El amor de Dios es sin condiciones. Y esto significa, sobre todo, que no hay dobles ataduras en Dios. Dios desea que nuestro deseo fluya libremente, dando vida y sin tropiezos, porque es por medio de aquel flujo del deseo que se nos llama a la existencia.

Bueno, si es así, imaginen entonces cómo podría ser una conversación entre el Dios que ama sin ambivalencia y el “yo”:

Dios de amor sin ambivalencia: te amo

Yo: pero, si soy un tipo cagado, ¿cómo me puedes amar?

Dios de amor sin ambivalencia: te amo

Yo: pero no me puedes amar, soy parte de toda esta mierda

Dios de amor sin ambivalencia: eres tú a quien amo

Yo: ¿cómo puede ser que sea yo a quien amas cuando he estado en malas relaciones, cuartos oscuros, maquinaciones contra otros, toda clase de mezquindad?

Dios de amor sin ambivalencia: eres tú a quien amo

Yo: pero...

Dios de amor sin ambivalencia: eres tú a quien amo

Yo: pero

Dios de amor sin ambivalencia: eres tú a quien amo

Yo: pues vale, y entonces ¿me vas a dejar en toda esta mierda?

Dios de amor sin ambivalencia: A raíz de que te ame vas a poder relajarte en mi amor y encontrarás que te harás capaz de ser amado, y hasta descubrirás que llegas a ser alguien en quien con dificultad te reconocerás.

Yo: pues ¿no sería útil que yo me preparara para todo esto de hacerme capaz de ser amado?

Dios de amor sin ambivalencia: Sólo si aún no captaste que soy yo él que hago todo el trabajo, y tú el que llegarás a brillar. A raíz de que te ame, estás relajándote en el ser amado, y te encontrarás haciendo toda suerte de cosas amables al descubrirte amado.

Yo: el programa no me suena mal

O dicho de otra manera: hay un viejo chiste acerca de los de Irlanda que cuenta que al turista que para en un auto para preguntar a un tipo “¿cómo llego a Dublín?” le contesta “Si fuera tú, no comenzaría a partir de aquí”. Pues bien, la respuesta del

evangelio, o sea la mirada de Cristo, nos dice “te acompañaré comenzando a partir de donde estás”.

Ahora os lo hago como pregunta: la enseñanza de las congregaciones del Vaticano que les cité antes ¿es compatible con el Evangelio? O más bien ¿con el pésimo chiste irlandés? Os la citaré nuevamente: “La inclinación homosexual, aunque no sea un pecado en sí misma, constituye una tendencia hacia un comportamiento que es intrínsecamente perverso, y debe considerarse entonces objetivamente desordenada.”

Para mí, por lo menos, la cosa está clara. Esta enseñanza se interpone entre la mirada de Cristo y nuestro propio sentido del ser, y lo hace de una manera que tiende a pervertir la mirada de alguien que nos ama cómo somos, y al descubrirnos amados, nos descubriremos en vías de hacernos alguien diferente. En vez de esto nos está enseñando que Dios solamente nos amará si comenzamos a partir de otro lugar. Quiere decir, esta enseñanza es, en un sentido técnico, un *skandalon*, una piedra de tropiezo, algo que aumenta una doble atadura más bien que soltarla. Y es porque considero que la enseñanza es incompatible con el evangelio en este nivel muy fundamental que también considero, a pesar de las insistencias de los actuales oficiales en la Curia Romana, que ella no puede ser, de hecho, la enseñanza de la Iglesia.

Una dimensión de esto que he intentado subrayar más o menos fuertemente, y que tal vez no sea evidente cuando se habla de la conciencia⁵ es la importancia de entender que nuestra conciencia está siempre en relación con lo que nos es otro, y siempre es formada por este otro que nos antecede y está fuera de nosotros. No es como si hubiese una “verdadera” voz privada en alguna parte de nuestro interior que nos da oráculos infalibles que tienen razón. Al contrario, lo que constituye nuestra “interioridad” es una conversación más o menos bien llevada entre diferentes voces que nos han llamado a la existencia de alguna u otra manera, por medio de los padres, la educación, la Iglesia, los políticos, y las cuales muchas veces nos han dejado una serie de ataduras. Se nos llama a la existencia como cuerpos que actúan en el mundo por medio de aquellas voces. Y esto significa que cuando llegamos a lo de desatar la conciencia, no se trata nunca de buscar por debajo de todas aquellas voces hasta encontrar alguna voz inocente que reconozco como “buena conciencia”. Esto no sería sino una forma terrible de auto-engaño. No, tanto el recibir un “yo” y un sentido del ser por medio del lenguaje, y el desatar la conciencia son siempre la obra de otro, fuera de nosotros, y la cosa más importante es entonces “¿a cuál otro escuchamos?” ¿Quién es el “otro” capaz de desatar nuestra conciencia? ¿El que nos puede inducir al deseo sin dobles ataduras?

Sospecho que esto ayuda a resaltar una parte de la impresión que dejó Jesús sobre sus oyentes, y es así la impresión que él deja cuando nos habla: “porque les enseñaba como uno que tiene autoridad, y no como sus escribas”⁶, o bien “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen”⁷. El hablar con autoridad quiere decir hablar a partir de dentro del poder del Autor, la fuente de todo, el Creador, y puede

⁵ véase nota al final del capítulo

⁶ Mateo 7, 29 y Marcos 1,22

⁷ Juan 10,27

reconocerse precisamente porque desata dobles ataduras y piedras de tropiezo que no puede ser que provengan de Dios, pues ningún Dios bueno trataría así a sus criaturas.

Me gustaría repasar un poco más los efectos de esta mirada sobre nosotros, la mirada que nos dice “Te amo, y al descubrirete amado encontrarás que te estás haciendo otro”. Me gustaría decir algo aparentemente más bien banal aquí, pero que creo que es importante. Creo que nos vendría bien enviar la palabra “amor” a la tintorería y en vez de ella, utilizar el concepto de gustar, de caer bien. Lo digo por la siguiente razón. Probablemente han escuchado a personas, como las he escuchado yo, que nos dicen que aman a la gente gay, y por eso tienen tanto deseo de cambiarnos. Dicho de otra manera su “amor” no incluye la noción de que “me caes bien”. Más bien significa algo así como “Creo que, en obediencia al amor divino hacia los pecadores, es deber mío impedir que tú seas quien eres”.

Sin embargo, la noción de “gustar” o de “caer bien” es bastante más difícil que se la distorsione en una mentira que la de “amor”, porque sabemos cuando gustamos a otro, cuando le caemos bien. Lo podemos saber porque disfruta de estar con nosotros, acompañándonos, y quiere participar de nuestro tiempo y de nuestra compañía. Pues bien, lo que me gustaría sugerir es que si nuestra comprensión de ser amado no incluye el que “caigo bien”, o por lo menos el estar dispuesto a aprender lo que es sentir que caigo bien, entonces es muy probable que estemos hablando del tipo de amor que nos puede engañar, sometiéndonos a una doble atadura, el tipo que en verdad nos está diciendo: “mi amor para ti significa que me caerás bien si te haces algo diferente”.

Me parece que la doctrina de la encarnación de nuestro Señor, la imagen de Dios que viene entre nosotros en la forma y semejanza de los humanos⁸, es una aseveración más bien fuerte de que la mirada divina es una mirada que nos quiere, y a sus ojos caemos bien, aquí y ahora, tal y como somos. Contento de estar entre nosotros. Y esto significa que Aquel que nos mira con amor no tiene tan sólo una mirada penetrante e inescrutable de completa alteridad, sino que nos mira con el deleite de Uno que disfruta de nuestra compañía, que quiere unirse con nosotros, participar de algo con nosotros. Por supuesto, en la medida en la que aprendemos a soltarnos en aquel ser amado, vamos a descubrir que somos bastante diferentes de lo que pensábamos ser, y que nuestras formas de deseo se harán bastante diferentes. Pues es esto lo que significa encontrar que el Espíritu Santo haya venido a morar en nosotros en la reformación de nuestros deseos y por ellos. Pero la mirada no derrumba primero para luego edificar, como tantas veces lo imaginamos, como si fuera Jesús un sargento chusquero cuyo papel es darles broncas a los reclutas y hacerles sentirse pésimos, para que después, una vez perdida su identidad, comiencen a sentir nuevas identidades buenas como soldados, y luego descubran que su sargento tiene corazón de oro.

No, es nuestra fe el que los ojos de Dios que están en Cristo, y por ende la mirada divina por cuyo medio recibimos el nuevo ser, son ojos a los cuales caemos bien, que nos miran a partir de al lado nuestro, al mismo nivel que nosotros. Lo que quiere decir que no nos controlan, no buscan saber “mejor que nosotros” quienes somos, sino que quieren participar de un descubrimiento con nosotros de quiénes nos haremos.

⁸ Filipenses 2,7

Y esto significa que no hay programa para cumplir, o pista que corremos el riesgo de perder. Tan sólo una aventura de confiarnos a la bondad de Uno que nos ama y de ver qué es lo que verdaderamente nos gustaría hacer.

Nuestro Señor lo expresó así:

Porque el reino de los cielos es como un hombre que al emprender un viaje, llamó a sus siervos y les encomendó sus bienes. Y a uno le dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y se fue de viaje. El que había recibido los cinco talentos, enseguida fue y negoció con ellos y ganó otros cinco talentos. Asimismo el que había recibido los dos talentos ganó otros dos. Pero el que había recibido uno, fue y cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido los cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: "Señor, me entregaste cinco talentos; mira, he ganado otros cinco talentos." Su señor le dijo: "Bien, siervo bueno y fiel; en lo poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor." Llegando también el de los dos talentos, dijo: "Señor, me entregaste dos talentos; mira, he ganado otros dos talentos." Su señor le dijo: "Bien, siervo bueno y fiel; en lo poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor." Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: "Señor, yo sabía que eres un hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; mira, aquí tienes lo que es tuyo." Pero su señor respondió, y le dijo: "Siervo malo y perezoso, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. "Debías entonces haber puesto mi dinero en el banco, y al llegar yo hubiera recibido mi dinero con intereses. "Por tanto, quitadle el talento y dádsele al que tiene los diez talentos." Porque a todo el que tiene, más se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y al siervo inútil, echadlo en las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el crujir de dientes.⁹

El punto clave en esta parábola es que el factor determinante en la conciencia de los siervos, y por eso el manantial y resorte para su comportamiento, es la idea que cada cual tiene de cómo es su amo. Los primeros dos siervos claramente tomaban la ausencia de su amo como una oportunidad para hacer algo divertido. Confiaron en que su amo fuese un tipo más bien audaz que haría cosas atrevidas y temerarias para las cuales no había guión, se atrevería, experimentaría, correría el riesgo de perderlo todo y así terminaría multiplicando las cosas abundantemente. En otras palabras, percibían la mirada de su amo para con ellos como una mirada al cual caían lo suficientemente bien como para que les estuviera desafiando y animando a que entrasen en la aventura. De modo que, ellos, imaginando y confiando que la abundancia se iba multiplicar, de hecho multiplicaron la abundancia. El tercer siervo reveló exactamente bajo qué mirada se había afanado él: su idea de quién es su amo se hace evidente en sus propias palabras: "Señor, yo sabía que eres un hombre duro, que

⁹ Mateo 25, 14-30

siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra”. O sea, actuó según su idea. Y su idea se constituyó por una doble atadura, perfectamente captada en la frase “siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste”. Su percepción del otro fue de uno a cuyos ojos él no caía bien, y por esto de uno que le había impuesto un yugo imposible, y así lo único que había hecho fue enfurruñarse. Había quedado atado, muerto en vida, avanzando ni hacia delante ni hacia atrás. No es extraño que en la versión de San Lucas el amo dice: “Por tus propias palabras te voy a juzgar, siervo inútil”¹⁰ puesto que es de hecho la percepción que de él tiene el siervo la que le ha atado.

Ahora, os propongo que la presencia eucarística de Jesús en nuestro medio es la manera por la cual Dios nos recuerda constantemente, nos propone a nuestra atención, su mirada, una mirada que nos quiere, que nos anima a que seamos atrevidos con él durante el período de la “ausencia del amo” y que el que tengamos la conciencia desatada se verá en nuestra cada vez mayor capacidad para confiarnos en la mirada a cuyos ojos caemos bien, y que por esto le encanta que desarrollaremos planes nuevos y audaces que no parecían parte del programa antes. Y actuaremos según nuestra conciencia. Si nuestra conciencia acepta la mirada de Uno que nos quiere, uno que es atrevido, creador, innovador, efervescente, sin miedo, arriesgado y así por delante, y quiere ser como él, entonces nos encontraremos comportándonos como tal. Podremos mantenernos de pie, aceptar los retos y la ira ajenos, deleitarnos en buscar maneras de dejar escapar a otros, nunca aceptando la respuesta “¡no!”, negándose a creer que algo es imposible para Dios. Y esto es lo que nos tornaremos.

Quien tenga la conciencia desatada puede atreverse a equivocarse, porque no está con la obligación de hacerlo perfectamente. Si tienes que hacerlo todo a la perfección, significa que no te atreves a errar el blanco, lo cual significa a su vez que temes lo que te pasará si de hecho yerras el blanco. Sin embargo la manera católica y cristiana de entenderse la conciencia es diferente: Como sabemos que caemos bien, podemos atrevernos a equivocarnos, sabiendo que no importa tanto, porque no tememos el castigo pero sabemos que podremos aprender de nuestros errores. De hecho, si no somos capaces de atrevernos a equivocarnos, entonces nunca podremos acertar de verdad, porque nuestro acertar será una manera de protegernos contra lo que nos es otro, lo desconocido, lo emocionante, lo grandioso, aquello que producirá grandeza de alma en nosotros. La buena conciencia no es el sentirse satisfecho con haber acertado. Es mucho más la ilusión subyacente de saberse en camino hacia algo, ilusión ésta que es perfectamente compatible con una profunda tristeza al caerse en la cuenta de haberse equivocado en algo. Es ésta la ilusión de ser hijo o hija que está de aventura, y no la precisión contractual de un esclavo que tiene que acertar en todo porque no tiene sensación alguna de estar por dentro del proyecto del encargado, y tan sólo resiente el otro como arbitrario y veleidoso, como alguien que mirará con ceño a todo cuanto no sea perfecto.

Bueno pues, ¿qué significa para ti el que Dios no tan sólo nos “ama” a la gente gay de una manera clínica, manteniéndose a una distancia profesional de nosotros, sino que le gustamos, se disfruta de nuestra compañía, quiere adentrarse en la aventura con nosotros? ¿No es verdad que hasta la propia frase “me caes bien” da permiso para ser, crea espacio, sugiere “tengo curiosidad por acompañarte”, implica deleite? Y si esto

¹⁰ Lucas 19, 22

es el caso, entonces ¿por qué no atrevemos a imaginarnos que Dios de verdad quiere que seamos libres y felices, comenzando exactamente a partir de donde estamos? O sea, que nuestro deseo para un marido que nos ama, o para construir un proyecto comunitario estafalario, repleto de locas excéntricas que hagan una diferencia en la sociedad y la Iglesia, es algo que muy bien podría llevarse a fruición, y una fruición mucho mayor de la que somos capaces de imaginar. No por el mero hecho de que Pedro aún no ha caído en la cuenta se podrá impedir el Espíritu a que desate nuestro deseo. No por el mero hecho que algunos de nuestros jefes parecen incapaces de ofrecernos siquiera el tipo de espacio eucarístico que es nuestro patrimonio por el bautismo, nuestras conciencias tienen por qué vivir sometidas, atadas, por todo aquella pesadez de administración del decaimiento, aquella incapacidad burocrática para negociar como adultos con adultos. Pues, aquella pesadez y aquella incapacidad reflejan la realidad de ellos, y no tiene porque caracterizarnos a nosotros.

Las conciencias quedan desatadas para la acción y para el hacerse, y es aquí, creo donde nos encontramos situados ahora. Dando por sentado que el único juicio que recibiremos será por la ley de la libertad¹¹, ¿qué es lo que queremos atrevemos a hacer, comenzando desde ahora? ¿Qué es lo que sería divertido presentar a nuestro amo a su regreso?

Un punto final. Creo que es un privilegio muy grande para nosotros ser gay o lesbiana en este momento, y esto se debe a la creciente sensación de que nos tocó estar por dentro de la dinámica interna del proyecto que es el compartir la buena nueva acerca de Dios con el mundo. Quisiera señalar que una de las características de los textos de los testigos apostólicos en el Nuevo Testamento es que están marcados en un grado muy pronunciado por la noción de un tipo de “salir del armario”, un dejar atrás algo teóricamente benéfico en sí, pero el cual se ha convertido sin embargo en trampa. Algunas veces presentamos esto de una manera moralista (y antisemítica) como si se tratase de estar dejando algo “malo” para entrar en algo bueno. Pues bien, me parece que nos aproximamos mucho más a la verdad si lo vemos como gente dejando atrás algo aparentemente “bueno” – sea “la Ley” o las decencias de la religión civil romana, y en vez de esto, haciéndose libres. San Pablo se esmera porque la libertad no se convierta en licencia, pero se esmera mucho más porque la gente no reincida en la “bondad” con sus conciencias atadas y su dependencia consoladora de la aprobación grupal.¹² De las dos siguientes proposiciones, ¿cuál creéis más cercana al testimonio del Nuevo Testamento?

Un católico gay cree que “no volver como perro a su vómito¹³” significa, en primer lugar, no volver a lugares de encuentro gay, a relaciones, o a lugares donde hay riesgo de sexo.

¹¹ Santiago 2,12

¹² Gálatas 3,1

¹³ Véase Proverbios 26,11 y 2 Pedro 2,22

O bien:

Un católico gay cree que “no volver como perro a su vómito” significa en primer lugar, rechazar el aliciente del “armario eclesiástico” que ata la conciencia y quita a la gente la libertad, llevando a relaciones disfuncionales y a una incapacidad para amar y para hablar la verdad.

¿A qué se refiere la enseñanza sobre no echar vino nuevo en odres viejos, o aquella sobre evitar la levadura de los fariseos si no forma parte de la manera por la cual el Autor de todas las cosas llama a la existencia una conciencia atrevida?

De modo que ¿rumbo a dónde queremos llevarlo?

© James Alison.

Esta charla fue dada originalmente al grupo católico gay inglés “Quest” en 2002, y aparece en inglés como el capítulo 7 del libro *On being liked* (Londres, DLT 2003). Estoy muy agradecido a Xavier Martí de Valencia por su valiosa ayuda al corregir mi traducción para las reuniones celebradas en Donostia y Bilbao en abril de 2004. Por supuesto los errores y las imperfecciones de estilo que quedan son míos.

He aquí algunos recursos para lecturas sobre la conciencia (en inglés):

H. Richard Niebuhr “The Ego-Alter Dialectic and the Conscience” *Journal of Philosophy* 42 (1945) pp 352-359

J. Ratzinger “Conscience and Truth” pp 1-20 of John M. Haas, Ed. **Crisis of Conscience** New York: Crossroad 1996

H. McCabe “Aquinas on Good Sense” pp 152-165 of **God Still Matters** London: Continuum 2002

J. Milbank “Can Morality Be Christian?” pp 219-232 of **The Word Made Strange** Oxford: Blackwell 1997.